

Res. 7.346



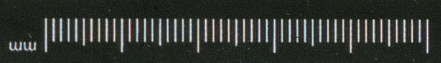
EL RAMILLETE.

SEMANARIO

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

DIRIGIDO POR

D. FAUSTO LOPEZ VILLABRILLE.



x-rite



ColorChecker CLASSIC

Rec. 7.346



EL RAMILLETE.

SEMANARIO

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

DIRIGIDO POR

D. FAUSTO LOPEZ VILLABRILLE.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid y provincias, un mes, 6 rs.; un trimestre, 16.—En Ultramar, un año, 6 pesos fuertes.—En el extranjero, tres meses, 30 rs.; seis, 56; un año, 100.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid, en la redaccion, calle de Alcalá, núm. 3, cuarto segundo, y en las principales librerías.—Los pedidos de provincias se dirigirán á la redaccion.

N.º 2.—Domingo 8 de mayo 1864.

SUMARIO.

La Bibliomanía, estudio analítico, por D. Baltasar Peon (continuacion).—*A la luz de mi quinqué*: escentricidades, por D. Manuel Valcárcel.—*Dar posada al peregrino*: romance, por D. Fausto L. Villabrilie.—*Documentos inéditos*: Núm. II. Carta original del Rey D. Juan I de Castilla á la ciudad de Leon, participándole el levantamiento del sitio de Lisboa.—*La Música*: poesia de D. Benito de Martin-Albo.—*A la señorita doña J. M.*: poesia de D. Valentin Gonzalez Serrano.—*La Peña Roja*: leyenda tradicional, por D. José Menendez Escolar (continuacion).

LA BIBLIOMANÍA.

ESTUDIO ANALÍTICO.

(Continuacion) (1).

III.

La vanidad: hé aqui el distintivo esencial de una categoría muy numerosa de bibliómanos, una tendencia que les lleva á hablar incesantemente de las mejores ediciones que poseen, y á mostrar-

(1) Véase el número anterior.

las á todo el mundo, lo mismo á personas ilustradas que á ignorantes, á hombres que á mujeres, al primer advenedizo, en fin, que *cae bajo su férula*: con ello se propone el vanidoso escitar la admiracion y la envidia de los demas; págase mucho de las lisonjas que con tal motivo se le prodigan, hallándose dispuesto á otorgar cualquier favor al que sabe *darle cuerda*, y considerando como enemigo suyo, ó creyendo envidioso, al que le oye como quien *oye llover*: no sin razon dice Carlos Nodier que «despues del placer de adquirir libros, no hay otro mas dulce que el de hablar de ellos.»

La vanidad es un defecto, ciertamente; pero es de los pocos defectos que contribuyen á la felicidad de los individuos que los poseen: ¡qué satisfaccion hay comparable si no á la que experimenta un bibliómano cuando compra un libro raro, cuando lo enseña á cualquiera que puede apreciar su valor? El avaro que encuentra un tesoro, el jugador que realiza enormes ganancias, el sibarita que paladea un plato exquisito, no son tan felices como el bibliómano que adquiere un libro codiciado (1), como el bibliófilo que da á la estampa

(1) Todavía recuerdo con placer que al comprar

las memorias de su pasion. Leed á M. Tenant de Latour, antiguo bibliotecario del Rey en Compiègne, y vereis que sus *Memorias de un bi-*

á los quince años la *Parte del Atlas de Juan Blaeu ó Geografía blaviana que contiene las cartas y descripciones de España (Amsterdam, 1672)*, pasé dias y mas dias hojeándola, admirando sus colosales dimensiones, su magnífica impresion, los mapas de los antiguos reinos de España y Portugal, los planos y vistas del Escorial, la anchura de las márgenes, y todas las demas condiciones que entonces podian llamar mi atencion, habiendo conseguido durante algunos dias aburrir lindamente á todos los que se me acercaban. ¡Quién será capaz de pintar mi alborozo al adquirir el *Libro nuovo d'imparare a scrivere tutte sorte lettere antiche et moderne i tutte nationi, etc., composto per Giouambattista Palatino cittadino romano... stampato in Roma il di XII d'Agosto MDXXXX!* Renunció á dar cuenta de mis impresiones al verme poseedor del *Calendarium perpetuum et generale Breviarü romani... Toleti.—Joannes a Plaza, typographus, 1578*, del libro titulado *Eusebii Casariensis Episcopi chronico...*, 1511, y de algunos otros raros.

¡Quiérese mas prueba de la vanidad que aqueja á la mayoría de los bibliómanos, que esta nota misma en que un bibliómano en germen, un bibliómano... de deseo, aprovecha una ocasion *traida por los cabellos*, para decir á los lectores de este artículo que tiene algunos libros y hablarles de ellos? *Vanitas vanitatum!*...

PL-VIII

blíoflo no son otra cosa que el catálogo de sus libros, la historia de las evoluciones que sufrieron hasta llegar á su poder, la pintura de los sentimientos que su adquisicion y minucioso exámen despertaba en el autor (1).

El bibliómano vanidoso no vacila en gastar sumas considerables para completar su coleccion, diferenciándose de los que entran en las demas categorías en que de ordinario no es él, sino un librero inteligente ó un bibliógrafo amigo, el encargado de amontonar las riquezas que calmarán la pasion del bibliómano, quien no se tomará por cierto el trabajo de hojear los libros, contentándose con aprender los títulos y enterarse de las condiciones que reunen para pregonarlas á la manera de cicerone.

El egoismo es otra cualidad predominante en los bibliómanos, y tan general, que ordinariamente se cree que constituye uno de sus caracteres esenciales. El bibliómano egoista goza en secreto con la posesion de sus libros; niega que los tiene, como si temiese á los ladrones; tiembla cuando le interrogan acerca de algunos que se le conocen, como si los hubiera adquirido por medios reprobados, llegando en ocasiones á enfadarse y á mentir, antes que confesar que posee un libro de que es legítimo dueño. Ejemplos notables de egoismo nos ofrecen los anales de la bibliomanía; indicaremos dos ó tres.

Parrion guardó por espacio de cincuenta años un *César* que habia comprado por 4 rs., y que á su muerte fue vendido en 6,320. El conde de Eitres, segun cuenta Saint-Simon en sus *Memoorias*, tenia encerrados bajo llave 52,000 volúmenes en el palacio de Luvois, que su hermana le habia cedido. El Dr. Askew, de quien hablaremos mas adelante, no sufría con resignacion que sus compañeros tocasen á los libros de su biblioteca: así, cuando consentía, caso muy raro, en que alguien consultase uno de ellos, el doctor mismo lo cogía del estante y lo tenia en su mano, y daba vuelta á la hoja cuando era menester; y gracias aun, pues en mas de una ocasion se veía precisado el curioso á hacer uso de lentes si queria evacuar su consulta, porque el quisquilloso doctor mostraba abierto el libro en el paraje deseado, pero desde lo alto de la escala á que se habia subido para alcanzarlo.

El egoismo de los aficionados á libros es el mejor de los egoismos, ó, hablando con mas propiedad, es el menos malo, el mas inocente, el mas noble, el mas sociable, el que en último resultado puede servir de algun provecho á las demas personas: en efecto, siempre producen algo las locuras de un bibliómano, mientras que de las del ambicioso, del jugador, del libertino, queda únicamente el mal que ocasionan.

Y el egoismo del bibliómano es de tal condicion, que le mueve á interesarse tambien por la

(1) *Mémoires d'un bibliophile*, par M. Tenant de Latour. Un volume, in 12°, chez Dentu; Paris, 1861.

existencia de libros ajenos, cuyas evoluciones sigue con ansiedad, como si su pérdida ó extravío le privasen del derecho futuro que sobre ellos cree tener, ó le arrebataran cuando menos la esperanza de verlos algun dia en su biblioteca, y esta esperanza le sonrie y le mece voluptuosamente hasta el último soplo de su vida. Á este propósito recordamos la siguiente anécdota sumamente curiosa:

En los dias en que la revolucion francesa de 1848 arrojaba por las ventanas todo lo que habia á las manos, sin respetar los libros, figuraba entre los de la biblioteca particular del Palais-Royal la famosa novela de caballería de la Edad Media, el *Perce Forest*, impreso sobre vitela, edicion de 1528: como puede comprenderse, el libro corria inminente peligro de desaparecer, tal vez para siempre. En aquellos momentos de agitacion y de vértigo, consigue un bibliómano abrirse paso hasta el gabinete del bibliotecario, y le dice anhelante: «Están entregando á las llamas los libros en la calle de Valois.—¡Demasiado lo sé!—¡Y el *Perce Forest*!—Se halla en salvo.—¡Loado sea Dios! ¡Qué importa todo lo demas!» Lo demas era la caida de un trono y todas las consecuencias de la revolucion de febrero.

Á la par del vicio, la virtud: despues de haber hablado del egoismo, conviene hacerlo de la abnegacion. Tan pocos ejemplos presenta la bibliomanía de la práctica de aquella virtud, que llegó á suponerse que era incompatible con la existencia de tal pasion, y á creerse que el egoismo era en esta una cualidad esencial, indispensable. No es así por fortuna: algunos bibliómanos, anteponiendo á su interes personal el interes general, el bien público á la satisfaccion de sus apetitos, ponen sus libros á disposicion de sus amigos y de las personas que tengan necesidad de consultarlos, con una generosidad, con un desprendimiento que, por lo raros, causan mayor admiracion. No le pidais, sin embargo, que os ceda alguno que por sus condiciones sea difícil, cuando no imposible, reemplazar: vuestra demanda, aun en el concepto de préstamo, seria desatendida; el temor á las pérdidas es su constante pesadilla, y la sola idea de que tal caso pudiera ocurrir, le hace temblar.

Á la cabeza de los bibliómanos que se han hecho célebres por su abnegacion, figura Grolier, quien llegó á reunir una magnífica biblioteca, merced á sus inmensas riquezas y á su carácter de embajador francés en Roma y en Viena: pues bien; los libros de Grolier ostentaban al frente de sus páginas la inscripcion *Grolieri et amicorum*, y no en vano como pudiera creerse.

Ricardo Heber, infatigable bibliómano inglés, despues de haber agotado las librerías y puestos de su comarca, emprendió largos viajes en busca de los libros que faltaban en su inmensa coleccion: contentose en un principio con adquirir los que no poseia; pero como su devoradora manía no estaba satisfecha, compraba *duplicata* y *triplicata*. «Desengañaos, decia á los que se admiraban

de que comprase libros de que tenia ya dos ó tres ediciones: no se pueden tener menos de tres ejemplares del mismo libro; uno para *mostrarlo*, otro para mi *uso particular*, y el tercero para *prestarlo á todo riesgo* á los amigos.» Su generosidad en este concepto habia hecho muy popular á Heber en el mundo de las letras; prestaba libros con munificencia regia, y mas de un erudito, mas de un autor, le eran deudores de los elementos de sus respectivos trabajos. Heber tenia bibliotecas en su casa de campo de Hodnet, en Lóndres, en Westminster, en Paris, en Bruselas, en Amberes, en Gand, y en otras ciudades de los Países-Bajos.

En nuestra patria es mas comun el ejercicio de esta virtud, como he tenido ocasiones repetidas de observarlo personalmente. Entre los apasionados á libros es digno de mencion por su desprendimiento el marques de Morante, quien pone su biblioteca á disposicion de todas las personas que tengan necesidad de estudiar en sus libros, siendo el precioso catálogo de los que posee un guia seguro para descubrir el camino que se busca (1).

Hemos analizado las cualidades que predominan en los bibliómanos, constituyendo, en cierto modo, categorías distintas, con relacion á su carácter. Examinemos ahora las especies de bibliómanos, atendidas la naturaleza y condiciones que buscan en los libros.

IV.

Las diversas series en que pueden dividirse los libros, en atencion á sus propiedades intrínsecas y á sus condiciones exteriores, que atraen con preferencia la aficion de los bibliómanos, constituyen asimismo entre ellos diferencias marcadas, aunque no en absoluto. Pretender consignarlas todas, equivaldria á hacerlo de las inclinaciones, manías, caprichos y extravagancias de que es susceptible el hombre con relacion á los libros: nos limitaremos, pues, á hablar de las categorías que cuentan mayor número de prosélitos, y que me-

(1) El catálogo del marques de Morante, obra que revela la existencia de un bibliógrafo y bibliófilo, es uno de los mas razonados, metódicos y eruditos que se conocen. Consta de ocho tomos, en los que se esponen por orden alfabético los títulos de las obras que posee, notas interesantes y todas las demas aclaraciones necesarias. Contiene tambien mas de 40 biografías, noticias y juicios críticos sobre algunos escritores y obras, y muchas rectificaciones de los asertos de Brunet y otros bibliógrafos conocidos. Comprende próximamente 17,000 artículos y 27,000 volúmenes, en los cuales se hallan fastuosamente representadas las humanidades, con especialidad la literatura, en su acepcion restricta. ¿Qué biblioteca podrá presentar una coleccion tan escogida de los clásicos latinos y de las numerosas ediciones de sus obras? Baste saber que, si no recuerdo mal, Horacio aparece en el catálogo en 392 artículos, Ciceron en 226, Salustio en 119, Ovidio en 89, Cátulo en 81, y así sucesivamente los demas escritores. El trabajo del marques de Morante es apreciado en su justo valor en España como en el extranjero.

recen tomarse en cuenta bajo algun concepto.

Domina á muchos bibliómanos la mania de comprar libros, tan solo porque son libros, sin atenderse á orden alguno determinado, sin decirse por un ramo especial. Á esta clase pertenece M. Boulard, que llegó á reunir 600,000 volúmenes, y en ella están alistados todos los que compran sin saber *qué*, ó á lo menos *por qué*.

Tienen otros afición á una serie de conocimientos humanos, adquiriendo los libros que con ella guardan relacion, sin apreciar en lo mas mínimo los demas: de ahí las colecciones de astronomía, geografía, matemáticas, agricultura ó de otras ciencias, que se componen con frecuencia de millares de volúmenes.

Algunos bibliómanos no abarcan un ramo completo, una seccion de estudios; su manía se circunscribe á reunir las obras que se refieren á un acontecimiento dado, á una institucion especial, como las Cruzadas, la Revolucion francesa, la Inquisicion, la Orden de caballería, etc., ó á poseer los libros de historia de una nacion ó raza que obtengan sus simpatías.

El teatro, la literatura dramática, son objeto de la atencion de otros bibliómanos. M. de Solaines se propuso reunir todas las producciones dramáticas que se publicaron en el mundo; llegó á formar una inmensa coleccion, si bien incompleta, como no podia menos de suceder, á pesar de que comprendía muchas producciones en todas las lenguas conocidas. El Sr. Moles, propietario de Valencia, se propone coleccionar, segun tenemos entendido, el teatro español de los siglos XVII y XVIII, habiendo adquirido ya mas de cuatro mil artículos, algunos muy raros, y otros de autores dramáticos enteramente desconocidos. No há mucho que un fanático por el arte reunió una coleccion considerable de anuncios y prospectos de las funciones de teatros, gastando crecidas sumas para encuadernarlos en piel de Rusia en numerosos volúmenes.

Hay bibliómanos que no atienden en manera alguna al asunto ó alma de los libros, fijándose esclusivamente en sus condiciones tipográficas, en el cuerpo: así la época de la impresion, el pie de imprenta, lo singular de la edicion, atraen sus simpatías y pagarán á peso de oro un *incunable*, una edicion *princeps*, un *Elzevirio*, cualquier libro, en fin, que lleve el sello de la antigüedad... porque es antiguo, y no comprarán seguramente la obra moderna mas notable por la razon de que es... moderna.

Algunos exigen en los libros, ademas de la circunstancia de antigüedad acreditada, la de haber salido de las mas célebres prensas, y no darán valor mas que á las obras de los Elzevir, Aldos, Estienne, Caxton ó de otros tipógrafos de nombradía. Es célebre en este particular la biblioteca del palacio del conde de Spencer: uno de los gabinetes contiene únicamente 50 volúmenes, impresos por Caxton, el primer tipógrafo inglés, y valuados en 1.200,000 rs.; en otro hay una coleccion completa, única en el mundo, de las series

de obras Aldinas, sobre vitela casi todas, constituyendo un tesoro inestimable.

Condicion especial es para otros bibliómanos la materia en que están escritos los libros; quién busca pergaminos, quién *papyrus* y quién vitela. El mariscal del imperio, Davoust, príncipe de Ekmuhl, tenia una biblioteca de 1,400 volúmenes tirados en vitela, que fueron vendidos en Londres por 7,000 duros. La mayor parte de los bibliómanos es mas modesta en sus aspiraciones aceptando todo lo que encuentra, ya sea en vitela, ya en papel de algodón.

Para algunos aficionados á libros, la encuadernacion es el principal atractivo: en vano les ofreceréis ediciones raras, impresiones hermosas, obras selectas: si no están encuadernadas por Derosne ó Thouvenin, por Payne ó Pasdeloup, por Thomson ú otro nombre inmortal, no se cansará en mirarlas. En este punto Adam Smith era el hombre mas vanidoso de la tierra, complaciéndose en extremo en adornar sus libros. Algunas encuadernaciones son de gran mérito, como la de un *Eschylo* de Glasgow, de la biblioteca de Spencer, cuya cuenta, firmada por Roger Peire, ascendió á 1,600 rs. Las abadías y conventos tenian libros magníficamente encuadernados. Esta manía toca á veces en estravagancia; Askew, si no recordamos mal, á fin de tener un libro sin segundo, lo mandó encuadernar en piel humana.

El tamaño de los volúmenes atrae á varios aficionados, que no aceptan mas que infolios, in cuarto, in octavo: un íntimo amigo mio, bibliófilo sensato, que acoge con bondad los libros notables bajo cualquier concepto, sueña con llegar á reunir una librería microscópica de todos los clásicos del mundo, biblioteca... de bolsillo. ¿Lo conseguirá? Mas de una vez se lo he dicho; creo que es un sueño que realizará cuando él mismo los imprima á su gusto.

La circunstancia de haber pertenecido los libros á personas ilustres, es la única que anima á ciertos bibliómanos, que no reparan entonces en el precio: así un ejemplar de Matías Corvino, cuyos libros ostentaban como divisa *el cuervo con un anillo en el pico*, un volumen de Grolier, de Mazarino, de Colbert, un libro askewiano (1), se elevan á fabulosas cantidades.

No faltan tampoco bibliómanos que gustan de reunir obras obscenas ó inmorales, si bien lo hacen comunmente de un modo subreptico, para no verse envueltos en la reprobacion universal, para no atraerse el desprecio de las personas honradas. Boulard habia acumulado en un gabinete reservado de su casa numerosos libros de esta índole, que destinaba, segun se cree, á las llamas; pero su pasion apagaba siempre la antorcha con

(1) Askew, bibliófilo inglés, reunió una coleccion de las ediciones mas raras y magníficas que se conocen: un libro adquiere mayor valor por haber sido suyo, y de ahí el nombre de *ejemplares askewianos*. La venta de su biblioteca en 1775 fue un acontecimiento extraordinario en Inglaterra, país tan fecundo en bibliómanos.

que pretendia ejecutar tan merecido auto de fe. M. Chorier, escritor del Delfinado, fue todavía mas adelante que Boulard, pues publicó todos los escritos latinos obscenos que hubo á las manos bajo los auspicios de un magistrado de Grenoble.

(Se continuará.)

BALTASAR PEON.

Á LA LUZ DE MI QUINQUÉ.

ESCENTRICIDADES.

¡EL CORAZON!... ¡LA SOCIEDAD!... ¡EL PROGRESO!...

¿Por qué vuelves á coger la pluma, engendro vivo del desengaño, trasunto fiel de todos los que lloran secas sus ilusiones, muertas sus esperanzas? ¿Por qué mi corazón intenta abrir el santuario de sus afecciones, si está convencido de que nunca la sociedad querrá tomarse el trabajo de comprenderle? ¿Por qué arrancar otra estridente nota de las tirantes y despreciadas cuerdas de mi lira, si el mundo ha de escucharla con esa indiferencia que guarda siempre para todo lo que no son goces materiales, para todo lo que es suave, dulce, etéreo, misteriosamente divino, como el primer suspiro de amor, como la oracion de un alma inocente, como la lágrima que rueda por las mejillas de una madre cuando pide á Dios la salvacion de un hijo extraviado?

Mi corazón se lo pregunta á sí mismo, mi corazón se admira de ese ímpetu, de esa expansion que le obliga en estos momentos, pero mi corazón no adivina, no puede explicar las causas que le impelen. Solo sabe que no teniendo para los demas corazones, *sus hermanos*, sino una reserva sin límites, sucumbe á la tempestad que le agita, y exhala sus mas recónditos sentimientos, como exhala su perfume la rosa destrozada por el huracan.

¿Y sabes, lector, por qué corre tan deshecha borrasca? Porque no puede romper los lazos que le oprimen, porque no encuentra en el mundo modo de satisfacer sus legítimas aspiraciones. ¡Ya se ve! La sociedad, á mí como á todos, ha sabido presentarnos con formas seductoras las miserias de la humana vida; la sociedad, que hoy no ve nada mas allá de la muerte, nos ha hecho posponer las necesidades del alma á las necesidades del cuerpo, y olvidando que no es mas que un viaje la existencia, ha sabido deslumbrarnos diciendo: "En mí lo hallareis todo; no formularán un deseo vuestras pasiones ó vuestros sentidos sin que yo acuda á satisfacerlo completamente. Alzad la cabeza, el progreso avanza, no hay nada que no haya previsto mi portentosa civilizacion." ¡Pobre sociedad! Necia en medio de su sabiduría, ciega entre sus torrentes de luz. ¿Y

con qué satisfaras al hombre el día en que, hastiado de tus placeres y espoleado por la incesante avidez que le imbuiste, tienda sus alas y te pida un algo mas grande, mas bello, mas deslumbrador? ¿No temes que al ver que le has privado de los gérmenes del sentimiento religioso, única luz que puede satisfacerle por completo, justamente airado y terriblemente vengativo, clave en tu seno el puñal de su odio aterrador, de su despecho profundo?

No lo temes, no, eres demasiado filósofa para temerlo. Nuevo Mahoma, has comprendido que los goces materiales habian de seducir, habian de ahogar la mayor parte de los corazones; y muerto el corazón, ¿quién puede dudar de tu triunfo?

Sí, lector, sí; el corazón es la válvula de seguridad del hombre; sus latidos son el golpe continuo con que te avisa el bien para que huyas del mal. Un rasgo sublime del corazón bastaría á mis ojos para borrar el mas enorme de los delitos, si con un buen corazón fuera posible delinquir.

Y en verdad que no emplea nunca la sociedad este criterio: terriblemente egoísta por ser eminentemente material, no atiende mas que á la satisfaccion de sus apetitos, y goza y goza y goza sin pensar que puede haber quien mire su civilizada multitud con la desesperacion en el alma y las lágrimas en los ojos.

Aun no hace un año, en una hermosa noche de estío, junto al derribado convento de las Vallecas, uno de esos desgraciados niños que pululan por los cafés y paseos de la capital sin mas hogar que la calle ni mas porvenir que un arpa vieja, desfallecido de hambre, yacia en el suelo. Rodeábale un grupo de gente, mirábanle todos con curiosidad, pero nadie le tendia la mano. Unos le llamaban *pillele*, otros decian que *fingia desmayarse para escitar la compasion*; un elegante le apellidó *ladronzuelo*; un artesano, *holgazan*... y como eran las doce de la noche, y el sitio céntrico, pasaron y repasaron y volvieron á ponerse en marcha murmurando los altos y los bajos, los sabios y los ignorantes, los ricos y los pobres... De pronto se oyó una voz que decia: «Es un bribon; romperle el arpa.» Una carcajada general acogió tan *feliz* ocurrencia. Trémulo de indignacion el autor de estas líneas (*no pudiendo hacer otra cosa*) llamó á un sereno que indiferentemente pasaba por allí. Acudió este... y dándole con el pie le llamó repetidas veces. El infeliz no contestaba: entonces, y como mas contundente interpelacion, le sacudió con el cuento del chuzo, diciendo: «Verán Vds. cómo yo hago que se levante.» Sin conseguir su objeto seguia *funcionando*, cuando una de esas mujeres que la sociedad desprecia, saltándosele las lágrimas, exclamó: «¡Pobrecito!» Y apartando bruscamente al sereno quitó al infeliz saboyano el arpa que le agobiaba, y le llamó cariñosamente. Pasó á este tiempo un coche de alquiler, tomolo la compasiva muchacha, se metió en él con el desfallecido extranjero, y desapareció entre los silbidos de la multitud.

Cuando hubo terminado aquella incalificable escena miré en mi derredor, y, á no haber visto los suntuosos edificios de la calle de Alcalá, hubiera creído que estaba entre una horda de salvajes... Pero no, no era así: la sociedad representada por todas sus clases, alumbrada por la luz del gas, gozando de todos los bienes de la civilizacion me rodeaba, y aquella sociedad habia silbado una buena accion, y aquella sociedad entera, compacta, reunida, no habia sido capaz de intentar lo que arrojando la befa y el escarnio realizó una degradada mujer. ¿Dónde está, pues, la civilizacion? exclamé. ¿Cómo de su seno ha podido brotar un sentimiento bello y delicado? Porque el vicio se ha sobrepuesto á ella en esta ocasion. ¿Qué hay en esa ramera de extraordinario?

El corazón, y nada mas que el corazón, lector amigo... ¿Cómo, pues, has de negarme ahora que el hombre es tanto mas civilizado cuanto mas conserva la nobleza de corazón? Dame, pues, un progreso que no ahogue en flor sus elevadas aspiraciones; dame un progreso que distinga la prostitucion de la materia de la prostitucion del espíritu; dame un progreso, en fin, que estime en poco las necesidades de la vida, que tenga en mucho el *mas allá* de la muerte, y habremos sin duda resuelto el gran problema de la humanidad.

Pues qué, ¿el hombre es un semi-Dios porque recorre diez ó doce leguas en una hora, porque sabe que ha muerto el Emperador de la China dos minutos despues de espirar, porque colgado por los pies de un trapezio llega hasta las nubes, porque pudiendo darse la muerte á cualquier hora con una caja de fósforos ha tasado en dos cuartos su existencia?

¡Enorme ridiculez! Si el hombre pudiera ser un semi-Dios, no se acordaria jamás ni de su bienestar, ni del placer, ni de las miserias del mundo.

Créeme, lector: del progreso material al progreso verdadero hay mucha distancia, tanta como de la mentira á la verdad, del mal al bien, de la muerte á la vida.

Un hombre puede muy bien alcanzar la gloria en la tierra y la pena en la otra vida.

La inmortalidad de la ciencia y la inmortalidad del bien son dos infinitos que lo mismo pueden tener el mismo signo que signo contrario.

La ciencia no podrá nunca tender el primer rail del ferro-carril á la bienaventuranza.

De fijo estarás diciendo amostazado que mas se eleva el alma á Dios cuanto mas domina la naturaleza.

Esto parece que tiene buen sonido, pero al fin y al cabo no es mas que una moneda falsa.

Cuanto mas perfecto es el hombre materialmente, tanto mas se olvida de que es un humilde siervo de Dios.

El orgullo está siempre en razon inversa de la fe.

El caos de filosofías de los siglos XVIII y XIX, es una prueba palpable de esta verdad.

Ademas, y aun cuando no se considere la civi-

lizacion actual desde tan elevado punto de vista, ¿qué es en realidad sino una idea especuladora que tiende á producir la aglomeracion de las fuerzas y del talento de los menos, para procurarse un bienestar físico á costa de los mas?

¿Qué goza de las maravillas de los adelantos del siglo el minero que arrastra una vida triste y precaria en las lóbregas galerías que le sirven de habitacion? ¿Qué el maquinista de la locomotora que, nuevo nómada civilizado, tiene que olvidar sus mas legítimas afecciones? ¿Qué el obrero de una fábrica de fósforos que respira un aire emponzoñado y reduce su vida á la mitad para proporcionar el *bien incalculable* de encender pronto un cigarrillo?

Desengáñate, lector; la civilizacion es un objeto de lujo, cuyo valor fija la moda y cuya utilidad pongo en duda. La civilizacion es título de la Deuda del personal, cuya cotizacion puede dar dinero al que sepa manejarle. Pero al que nada juega en esa inmensa Bolsa llamada sociedad, ¿qué puede darle la civilizacion?

Si tú me demostraras que por indeclinables razones el hombre que habita un suntuoso palacio, que viaja rápidamente, que goza de todos esos placeres, sueño dorado de la generacion actual; si tú me demostraras, repito, que es mas feliz, que debe ser mas feliz, que tiene que ser mas feliz que el que encierra sus aspiraciones en el reducido espacio de una vida tranquila y retirada... Pero no te canses en vano. El corazón de los hombres es un vaso que en todos tiene la misma cabida: unos lo llenan en el mar de las pasiones, otros en el arroyo del sentimiento; ninguno escede á los demas en una gota. La diferencia está en el sobrante. La desigualdad en que el primero bebe un líquido amargo que le acibara el alma, mientras el segundo mitiga sus ardores con las puras ondas de su cristalino vivificador.

¿Deberé repetirtelo, pues? La civilizacion material no debe ser el sueño dorado de la humanidad.

La civilizacion religiosa es el verdadero progreso, porque la posible perfeccion del hombre proviene de su civilizacion espiritual.

Y como bien mirado la civilizacion material tiende á absorber por completo las acciones de nuestra vida, ¿cuándo le queda tiempo al hombre civilizado para recordar que es algo mas que una bestia de carga del progreso y de la civilizacion?..

Insensiblemente he vuelto á considerar la misma idea que traté al comienzo de mi artículo, y esto me hace caer en una nueva consideracion.

Te inicié una idea, é insensiblemente apartándome de ella, he vuelto á ella.

Caminad siempre en línea recta, y al cabo de cierto tiempo habreis vuelto al punto de donde salisteis.

Contemplad la salida del sol, cerrad los ojos, esperad veinticuatro horas, y le vereis salir por el mismo sitio.

Alegraos con la primavera, y vendrá el estío

á abrasar las flores, y le seguirá el otoño derramando frutos, y al terminar el helado invierno tornareis á respirar con ansia el misteriosamente perfumado soplo de la próxima estación florida.

Considerad, en fin, la vida del hombre, y le vereis salir de la nada para volver á ella, recibir el espíritu de manos de Dios y volver á Dios.

Todo gira en una curva cerrada, reentrante en sí misma.

¡Volverán, pues, las generaciones presentes á recorrer los pasos de las generaciones pasadas?

¡Tal vez!... Mas como al tratar de una idea se la desarrolla, y al recorrer el mundo se adquiere experiencia, y al ver pasar los años se pierde vida y se adquiere edad, y al volver el alma al seno de Dios tiene que dar cuenta de sus acciones; tal vez, repito, las generaciones presentes, modificadas en su modo de ser, envueltas en el purpúreo manto de una nueva civilización, no hacen mas que marchar sobre las huellas de elevación y decaimiento que sus antecesoras dejaron marcadas.

¡Y por qué dudarlo? Abrid la historia, estudiad la civilización romana, la griega, la goda, la árabe, y todas las vereis nacer, llegar á su apogeo, deslumbrar el mundo, enorgullecer al hombre, y, finalmente, hundirse en el abismo de la barbarie, arrastradas por el egoísmo, envilecidas por la materia, destrozadas por el lujo, consumidas por el mas horrible indiferentismo.

Notadlo bien: el lujo ha sido siempre la agonía de la civilización.

El egoísmo, la muerte de la virtud.

El libertinaje, la negación de la divinidad.

Pero, no quiero proseguir.

No quiero que creas, lector, que estoy pintando la sociedad en que vivimos.

Lejos de mí semejante idea.

Estamos en plena civilización.

¡Las luces del siglo no pueden apagarse!...

¡La locomotora sigue su marcha triunfal anunciando con su silbido al mundo entero el triunfo del saber!

¡El globo aerostático eleva al hombre á las regiones celestes, mientras que su pensamiento sumergido en el agua pasa con increíble rapidez de un mundo á otro mundo!...

¡Plaza al progreso!... ¡Plaza á la civilización!...

MANUEL VALCÁRCEL.

DAR POSADA AL PEREGRINO.

EL NIÑO.

Peregrino, peregrino
que solitario y errante,
ora traspones la sierra,
ora atraviesas el valle;
¡á dónde vas? ¡por ventura

no ves la noche acercarse?

¡No ves cómo surca el cielo

el relámpago brillante?

¡No sientes del trueno ronco

la voz misteriosa y grave,

ni te detiene la lluvia

que en espesas gotas cae?

¡A dónde vas, peregrino,

tan solitario y errante?

EL PEREGRINO.

Llevo sagradas misiones

en mi penoso viaje;

por eso, niño, camino

tranquilo, sin inmutarme,

y la noche no me apena

ni la tormenta me abate.

EL NIÑO.

Y dí, romero, ¿no duermes?

¿no prestas descanso suave

á tus fatigados miembros

al declinar de la tarde?

EL PEREGRINO.

Niño, recorriendo el mundo,

yo no tengo otros hogares

que los que Dios me depara

donde la noche me alcance.

El árbol me da su sombra,

lecho las flores del valle,

y el cielo techumbre y manto

y blando arrullo las aves.

EL NIÑO.

Pero hoy, pobre peregrino,

la tormenta formidable

desaliñará tu lecho,

encubrirá tu celaje,

y del ave que te arrulla

hará que la voz se apague.

EL PEREGRINO.

Dios es misericordioso,

y espero que Dios me ampare.

EL NIÑO.

¡Ay! ¿y si yo te ofreciera

mi lecho en que reposases?

EL PEREGRINO.

Diría que en mi camino

colocaba Dios un ángel.

EL NIÑO.

Entra, peregrino anciano,

pasa mis pobres umbrales,

porque no olvido que un día

me dijo mi buena madre:

"Da posada al peregrino,

que Dios su reino ha de darte."

EL PEREGRINO.

Niño, que Dios te bendiga.

EL NIÑO.

Anciano, que Dios te guarde.

FAUSTO L. VILLABRILLE.

DOCUMENTOS INÉDITOS.

NÚM. II.

SIGLO XIV.—D. JUAN I DE CASTILLA.

Carta original á la ciudad de Leon, dándole cuenta del levantamiento del sitio de Lisboa, á causa de la peste declarada en su ejército. Carece de fecha, pero de su contenido se desprende que corresponde al año 1384.

(Original en el archivo de la ciudad de Leon.)

Don iohan por la gracia de dios Rey de castiella de leon e de portogal de toledo de gallizia de sevilla de cordova de murcia de iahen del algarbe de algezira e señor de lara e de vizcaya e de molina al conceio e alcalls. e al meryno e a los oficiales omnes buenos de la cibdat de leon Salud e gracia bien sabedes en commo por otras nuestras cartas bos auemos enbiado dezir la rrazon commo nos entramos en este nro rregno de portogal E commo teniamos cercada la cibdat de lixbona asy por mar commo por tierra la qual teniamos en tan grand apretamiento que la cobraramos muy aynna saluo por la grand pestilencia de mortandat que fue en el nro rreal tan afyncadamente de que morieron muchos de los grandes de nro rregno e otros muchos caualleros e escuderos que alli estauan con nusco (1) E otrosy por el grand afyncamiento que todos los que alli estauan nos fezieron rrequeriendo nos que non quesiesemos tentar a dios mas de lo que le auiamos tentado (2) E non quesyesemos poner

(1) "Estando el Rey Don Juan en su real que tenia sobre Lisboa, la pestilencia e mortandad fue cada dia creciendo muy fuertemente, e morian muchos de los que con él estaban, en manera que del dia que morio el Maestre de Santiago, fasta dos meses, morieron de las Compañias del Rey dos mil omes de armas de los mejores que tenia, e mucha otra gente." (Crónica de D. Juan I: año 1384.)

(2) "E todos los que y eran con el Rey le dixeron, que fuese la su merced de non querer tentar a Dios, e que se partiesen del real, e se tornasen para Castilla." (Crónica y año citados.)

nos mas en peligro a nos e a nuestra gente E por esta rrazon ouiemos de partir de alli e venimos a vna villa nra que esta a ocho leguas de lixbona a que llaman torres vedras E alli acordamos de estar por esas villas e lugares nros que estan a syete e a ocho leguas dende fasta que cobrasemos a lixbona E nra gente repartida e derramada por las villas pensando que por estar derramada cesaria la mortandat acaescio que la rreyna mi muger fue doliente de una landre de la qual todos los fisicos la desasperaron por muerta E nos eso mesmo fuemos doliente e en grand peligro e morieron otros muchos caualleros que eran alli con nusco de la dicha pestilencia E por esto veyendo nos que la dicha pestilencia non cesaua nos con acuerdo de los que y estauan con nos que nos fue afyncado por su parte que quesyesemos partir dende porque entendian que cumplia a nro seruiçio por quatro rrazones, la primera por la sobre dicha mortandat E la segunda porque en este inuierno nos fariemos a nos mas daño que prouecho por rrazon de las grandes aguas que fazia que non podiemos estar synon en villas e para estar en villas non era nra onrra pues non podiemos estar en los campos sin fazer otra cosa que nra onrra fuese. la tercera porque aquellas villas que alli tenemos en aquellas comarcas non nos podian sostener de viandas fasta el mes de junio que venian las nueuas por quanto auiemos estado en ellas ocho meses E si ay ouieramos de estar algund tiempo non podieran auer viandas las nras gentes fasta el dicho mes de junio E la quarta por la grand costa que nos faziemos en tener nra gente ayuntada con nusco syn fazer grand prouecho E eramos forçado de tener toda nuestra gente con nusco mientras estouiesemos en portogal E por quanto dios sabe que non querriemos agrauiar a todos los que sodes en este nro rregno de castiella con grandes cargas mas de las que auedes cumplido por nro seruiçio E porque la dicha carga se nos faria muy grande de complir estas cosas Acordamos de tornar a castiella este inuierno por estas rrazones e porque se rrefeziere nra gente de caualleros e de armas e de otras cosas que auian gastado E porque podiesen tornar mas frescos e reparados para el verano que viene acabar esta demanda que tenemos començada en la qual con la merced de dios ay muy poco de acabar segund el estado en que queda que sabed que nos dexamos en todas las villas e castiellos que estan por nos en este rregno gente por esta manera nos dexamos derredor de lixbona en santaren e en sintra e en torres vedras e en alange e en ouidos e en la touguia mill e seysçientas lanças e ochocientos ballesteros e dos mill omnes de pie Las quales villas son todas derredor de lixbona diez e ocho leguas que non esta entre medias villa nin castiello que non este por nos saluo el cuerpo de la cibdat de lixbona para guarda de las dichas villas e castiellos E para fazer cada dia mal e daño a la dicha cibdat Otrosy dexamos entre tajo e guadiana setecientas lanças e quatroçientos ba-

llesteros e mil omnes de pie E las villas e castiellos que estan por nos que son estas el castiello e la villa de porcel e la villa e castiello de villa viçiosa e la villa e castiello de oliuencia e la villa e castiello de campo mayor e la villa e castiello de mon forte e la villa e castiello de ocrato e la villa e castiello de maruan e la villa e castiello de mora e la villa de almadana e el castiello de vgela e la villa dalter dóchaõ e el castiello de pedrosa e el castiello de belver de nueyra e el castiello de nodar las quales estan todas por nos para guardar e defender las dichas villas E para fazer mal e daño a todas las otras que estan contra nos Otrosy dexamos entre duero e miño por quanto toda la tierra esta por nos saluo la cibdat del puerto quinientas lanças e quinientos omnes de pie en los lugares que estan por nos que son estos La cibdat de braga con su villa e castiello e la villa e castiello de caminna e la villa de viana e la villa e castiello de melgaço e la villa de valencia e la villa de monçon e villa nueua de cervera e la villa de ponte de limia e la villa de barçelos e la villa e castiello de guimaranes e el castiello de castro leuoreiro e la villa e castiello de sant rroman e el castiello de picocha e la villa e el castiello de lindoso e la villa de nueua e el castiello e villa de nonbrega e el castiello de faria e la villa e castiello de barnoso e el castiello de bermý e la villa e castiello de cellorico de vasco E esto mesmo dexamos en algunas villas e castiellos de tras los montes trezientas lanças e quinientos omnes de pie las quales son estas la villa e castiello de bragança e la villa e castiello de viñas e la villa e castiello de chanes e la villa e castiello de mon forte de rrio libre e la villa e castiello de miranda e la villa e castiello de mogadeyro e la villa e castiello de alfandiga e el castiello de la ben posta e la villa de fresno de espada çanta e la villa e castiello de villa rreal e el castiello de otero de miranda e la villa de peña rroyas e el castiello de torre de chama e el castiello de sant esteuan e la villa de goneya e la villa de vilarelo e el castiello de monte alegre e el castiello de vinaes e el castiello de mounçe E eso mesmo dexamos en algunas villas e castiellos de rriua de coa quatroçientas lanças e quatroçientos omnes de pie las quales son estas la villa e castiello de castiel rrodrigo e la villa e castiello de castiel mellor e el castiello de almeida e la villa e castiello de castiel bono e la villa e castiello de castiel mendo e la villa de sortella e la villa e castiello de villa mayor e la villa e castiello del sabugal e la villa e castiello de conillana e el castiello de peña mayor e la villa e castiello de mon santo e el castiello de segura E todas estas villas e castiellos quedan en tal rrecabdo que non daran tal cuenta dellos como cumple a nro seruiçio e que se fara tanto danoso dellas a las otras villas e castiellos que estan contra nos commo si nos mesmo estoviesemos aca en portogal E todo esto vos enviamos dezir porque sepades nros fechos en el estado en que estan e la rrazon de nuestra venida.—NOS EL REY.

SOBRE. Por El rrey de castiella de leon e de portogal.

Al conçeio e ofiçiales e omes buenos de la cibdat de leon.

LA MÚSICA.

Es la lengua comun del sentimiento,
Es la mística voz que llega al alma,
Es éstasis dulcísimo de calma,
Que escita y embellece al pensamiento.

Es pura idealidad y sensualismo,
Es al par que moral, voluptuosa,
Es la esencia mas rica, mas preciosa,
Que destruye el mas vil materialismo.

Presenta al corazon enamorado,
La imágen de su amor en bello sueño,
Y le hace entrever, dulce y risueño,
Un feliz porvenir de bien colmado.

Llena de fe al corazon piadoso,
En su nota vibrante y melodiosa;
Llena de caridad,—virtud hermosa,—
Al noble, al inocente, al religioso.

Da heroismo al intrépido, le alienta;
Verdadero entusiasmo al exaltado;
Sublime abnegacion al desgraciado,
Y al que enfermizo es, vida le aumenta.

Da a herido corazon melancolía,
Y a poética alma en raudo vuelo
La eleva pura en la region del cielo
En sus dulces efluvios de armonía.

Al espíritu anima y vivifica,
Ofreciéndole bella sus placeres;
Y es en la vida, en fin, lo que a los seres
Arrebata, enternece y purifica.

BENITO DE MARTIN-ALBO.

Á LA SEÑORITA DOÑA J. M.

Pobre cantor olvidado,
Sin placer, sin ilusiones,
Tristes serán las canciones
Del que vive desdichado.

Yo te quisiera ofrecer
Gratos sonos de mi lira,
Pero ¡ay! el pecho suspira
Por un codiciado ayer.

Pues como huyó la esperanza
Que me halagaba otros días,

Ya las suaves armonías

Mi pobre lira no alcanza.

Solo un recuerdo querido
Conserva el pecho anheloso,
Pero recuerdo precioso
De un Eden que ya he perdido.

¡Infelice! Soñé un día
Con la gloria y los amores,
Para ser luego mayores
Las penas del alma mia.

Ya solo la calma ansío
Y la dulce soledad,
Que no halla felicidad
Quien tiene el pecho vacío.

¡Adios! dije á la ventura
Que atrevido imaginé,
Porque al buscarla encontré
La hiel de la desventura.

Adios á mi sueño loco,
Adios por siempre le dije,
Que esta pena que me aflige
Ni ella la sepa tampoco.

Tal es hoy la situación
Del que estas líneas te escribe,
Y sin saber cómo, vive
Desgarrado el corazón.

Solo encuentra en tu amistad
Un bálsamo de consuelo,
Y una esperanza en el cielo
De gloriosa eternidad.

VALENTIN GONZALEZ SERRANO.

LA PEÑA ROJA.

LEYENDA TRADICIONAL.

(Continuación) (1).

—Sí, pero ya sabes, señor, que si esos villanos hubieran estado como perros fieles que deben ser de sus señores naturales, debajo de los matacanes de tu castillo, no hubiera el feroz Alahor arrancado de su mismo lecho á tu buena madre, mientras tú y yo estábamos en la frontera contra los moros.

Un movimiento de impaciencia hizo descubrir el profundo dolor que causaron estas palabras á

Mendo, y, á no haber estado tapada su fisonomía, se hubiera notado la horrible descomposicion de su hermosura.

—¡Cállate por Santiago de Compostela, Tulga! pronunció ferozmente.

—¡Oh! no la querias tú mas que yo, articuló roncamente el escudero. Tu inesplicable debilidad ha retardado tanto tiempo nuestra venganza. Es vergonzoso, señor, que la mirada tal vez falsa de una doncella detenga el brazo de un Nava-Fuerte, cuando va á esterminar al infame profanador de la honra y la vida de su madre...

—Da tregua á tu acusacion, Tulga; yo jamás he dudado, nunca he desistido, bien lo sabes; hoy se cumple el plazo que ella misma me ha impuesto; hoy sabré ese terrible secreto que ha de permitir obrar á mi brazo: ya verás qué torturante, qué poderosa es la represalia de Mendo el de la Cruz-Roja...; y tú, madre mia, qué me oyes desde la eterna morada, perdona á tu hijo si por amor á una mujer tardó en despedazar á tu cruel verdugo.

—Así te quiero. ¡Ira del infierno! Así me gustas, señor... ¡Oh! marchemos; la impaciencia ahoga el coraje que siento por colgar de las barbas á ese perro del África... Pero tú te equivocas, tú has invocado á mi buena señora como convencido de su muerte; ten esperanza, señor; acaso muy pronto la abrace.

—¡Oh Tulga! Entonces juro á Dios que mi felicidad hará dichosos á mis pobres vasallos; yo les colmaré de beneficios, yo les daré tanto, que comprendan que el dolor me ha hecho ser cruel con ellos... ¿Está preparado todo?

—Sí, señor; las escalas están colgadas del caparazon de mi caballo, que al lado del tuyo nos esperan en el rastrillo.

—Partamos pues.

Tulga siguió sombrío á su señor, y ambos descendieron por una estrecha gradería de piedra, haciendo crujir los férreos anillos de su pesado traje de guerra.

Fuera del castillo, un hombre de armas tenia de las bridas, formadas de láminas de acero, dos poderosos caballos de batalla, completamente encubiertos.

Los dos, despues de abalgar, descendieron rápidamente por el áspero sendero de la colina.

VI.

El día declinaba... Zumbaba el viento dsapacible y áspero por entre las gargantas de las sierras.

Y el espacio se inundaba de negras nubes preludiando un abundante aguacero.

Las sombras avanzaba, y las tinieblas allá por Occidente iban desplegado lentas su inmenso crespon...

El ábrego mugia cada vez mas crugiente agitando las nubes, que parecian colosales fantasmas, llevados, flotando vavorosamente, en alas de lo infinito.

Cerró la noche por completo, y era medrosa y oscura como el alma de un condenado.

Al fin un aguacero espeso y abundante vino á hacer mas confusa, mas negra, mas horrible aquella fria noche.

Elldah permanecia reclinada, abatida y llorosa en el mismo lugar en que la dejamos.

Á su lado, embutido entre los almohadones, mirándola con una fiera indefinible, está el feroz Alahor.

Es alto, robusto, parece tener cincuenta años, y sus cabellos entrecanos, revueltos y cerdosos, se agitan de vez en cuando como la melena erizada del leon: su mirada es la del jaguar hambriento que acecha su presa desde la entrada de su cubil, y la gravedad de sus facciones, un tanto hermosas, desaparece bajo la espresion traidora y horrible de sus ojos.

Elldah lo mira entre un velo de lágrimas; en su encantadora fisonomía se manifiesta el mas hondo y vivo dolor.

Alahor no se conmueve; su frialdad es desesperante, porque aquella deliciosa niña parece un ángel en medio de su desconsuelo.

—¡Oh señor! Tú me afliges, tú te complaces en el desamparo de mi vida; la aprisionada alondra oye los cantos del ruiseñor y los envidia; la luz de mis ojos se apaga, como se apaga el tibio destello de esa lámpara espirante.

Yo me mezo inquieta en los profundos sueños de mi dolor.

Yo languidezco y me marchito como la flor que nace en medio de las ardientes arenas del Desierto.

Estoy sola, errante, abandonada.

Tú, señor, jamás me has llamado hija, y el poderoso Allah de los creyentes se llevó á mi madre al Paraiso antes que mis labios pudieran pronunciar su nombre.

Esto me lo has dicho tú.

Yo nunca la he visto.

—Allah-ku'ruhaman (1), pronunció roncamente Alahor, tuvo á bien llevarla á gozar de las delicias del Eden.

—Y tú, señor, me haces sentir una desesperacion infinita con tu indiferencia. Siempre que te he preguntado por qué no me llamas tu hija, me contestas que un secreto terrible te lo impide; me has prometido revelarme esta noche ese secreto... ¡Oh! yo te ruego en nombre de mi madre que lo hagas, señor.

Y Elldah, despues de arrojar una mirada rápida al *ajimez*, volviose hácia su padre con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada, entre un rio de lágrimas.

El sombrío árabe permaneció un momento pensativo; luego una sonrisa feroz dilató sus gruesos labios, revolvió su mirada terrible y recelosa en torno del alhamí, como el lobo que teniendo entre sus garras un inofensivo cordero teme ser sorprendido por el cazador, y empezó de esta

(1) Dios misericordioso.

(1) Véase nuestro número anterior.

manera acentuando fatídicamente sus palabras. Su voz era lenta, agresiva, como debió de serlo la voz del ángel al rebelarse.

VII.

«En el año 238 de la egira (852 de Jesucristo) tocaba al fin de su reinado, en Córdoba, el poderoso, el magnífico Abderrahman II.

«En aquel mismo año Allah le llevó como buen creyente á gozar de las delicias de los lugares perfectos.

«Su hijo Mahomad le sucedió en el trono.

«Mahomad era un gran califa, descendiente de la ilustré dinastía de los Almoravides.

«Entre los bravos walíes de su ejército guerrea-ba más fiero que todos Ibengunimo, cuyo famoso nombre marchará sobre todas las generaciones hasta el abismo de los siglos.

«Era un jóven hermoso, y sus esclavas sonreían de felicidad, y palidecían bajo el penetrante incentivo de su magnífica mirada.

«En una de sus correrías á la frontera cristiana conoció una doncella virgen, á quien amó luego con toda la pasión de su carácter fogoso.

«De aquellos amores tuvieron una niña, que nació en la luna de *Rabí* del año de la *egira* 250.

«Treinta lunas despues Ibengunimo tuvo que hacer una expedición á Toledo, y dejó sola al cuidado de una anciana, en su castillo de Bib-Atahubin, á Brenda, su manceba cristiana.

«Yo siempre he aborrecido hasta la idea de un Rumí; pero en aquella ocasión hubiera renegado de Mahoma por una sola mirada de la hermosa castellana de las trenzas de oro.

«¡Oh! yo debí volverme loco; yo estoy loco desde entonces.

«Otra mujer ha acabado la obra de aquella, estoy fascinado poderosamente, y el dolor que me causa el insensato desvío de esta, hará de mí un ser terrible, odioso, cruel.

«¡Oh! ¡yo ignoraba de lo que era capaz una mujer!

.....

«Era una noche tremenda.

«Una noche más horrible que esta; el trueno ensordecía, y el relámpago cegaba.

«Un hombre, ocultando el rostro bajo un antifaz, penetró en el castillo de Bib-Atahubin por medio de la traición.

«La anciana, á quien también había comprado aquel hombre, lo llevó cerca del lecho de Brenda, que tenía entre sus brazos una hermosa niña de un año.

«Pasó una escena repugnante, horrible.

«Por fin el incógnito salió de aquel aposento, y luego del castillo, llevando entre sus brazos la criatura, que gemía de dolor al verse separada del regazo de su madre.

«Hoy todavía vive al lado de aquella niña el asesino, el ladrón de la honra de Brenda.

«La niña eres tú, Elldah.

«El asesino de la vida y la honra de tu madre soy yo.»

La voz de Alahor al llegar á este punto había enronquecido de una manera brutal, sarcástica; su intención la revelaba de una manera repugnante la mirada torva y sangrienta de sus ojos, que se posaban amenazadores sobre la desdichada jóven, que tras de un gemido desgarrador y despues de una congoja anhelante y apenadora, cayó desfallecida sobre los almohadones, que mojó con sus lágrimas.

«¡Oh! dijo de una manera que espeluznaba Alahor, inclinándose sobre el inerte cuerpo de la mora: tú me estorbás; yo quiero vivir con ella solo, siempre con ella, con mi hermosa cautiva, la castellana de la tez pálida y los rizos de oro; y... ¡qué es una gota más de sangre cuando tantos ríos ha hecho mi *almarada*!.

Y los ojos del africano chispearon bajo otra mirada más hambrienta, más satánica é indescriptible, que arrojó sobre Elldah al inclinarse violentamente sobre su cuerpo.

«Yo he vivido para odiarte, prosiguió, porque tú has venido junto á mí para atormentarme con los recuerdos de otra mujer á quien amé de la única manera que yo puedo amar, tal vez más que amo á esta: doce lunas han pasado desde que la luz volvió á mis ojos despues de veinte años que la había perdido, y aun no he podido apagar este fuego devorador que me abrasa el pecho. Tú me estorbás, Elldah, porque tú eres mi fatalidad, mi maldición... y... es necesario que desaparezcas.

La lámpara, identificándose con aquella escena terrible, lanzaba agonizante sus últimos destellos, y el alhamí estaba opaca y fatídicamente iluminado por aquella oscilante luz.

El huracán seguía zumbando ásperamente, y agitaba de una manera lúgubre las celosías del ajimez.

Aquel momento era supremo.

En la mano del fiero Alahor se vió brillar el arma traidora.

Su actitud adquirió una expresión infinita de odio, y asiendo con la otra mano la bellísima garganta de Elldah, levantó la que tenía armada para descargar el golpe de muerte.

De repente la celosía del ajimez cayó hecha pedazos sobre el pavimento, y un hombre, erguido, rápido, terrible, saltó desde la balaustrada y contuvo el brazo del árabe.

Un rugido sordo y áspero como el del tigre cuando se ve sorprendido en el momento de tener su presa entre las garras, salió amenazador, entre una imprecación impa, de la boca de Alahor.

Otro hombre apareció en el ajimez.

Saltó al aposento, fue á colocarse en la puerta, y cruzado de brazos, esperó.

Ambos traían cubiertos los rostros con antifaces de cuero, y por bajo del del segundo asomaba una larga y espesa barba blanca.

En una palabra, los desconocidos eran Mendo y Tulga.

El primero, sin dejar el brazo del moro que aprisionaba entre sus dedos revestidos de mallas, como una tenaza de hierro, dijo, mirándole á través de las perforaciones de su carátula:

«¡Asesino, ladrón de honras, cobarde raptor de mujeres desamparadas, verdugo de doncellas, maldito seas tú, que tanta sangre se ha vertido por tu causa! ¡Qué vale tu vida infame?... ¡Oh! yo quisiera saber un medio para hacerte sufrir todo el dolor que tus arteras mañas de bandido me ha hecho sentir... Pero yo soy noble, y no sé dar tortura: mira esta cruz roja que ostenta mi pecho: ¿no has visto otra semejante ondear en un paño negro sobre el adarve del castillo de Nava-Fuerte? ¡No te ha dicho esa cruz nada? Pues por ella he jurado que con tu sangre había de teñir los negros muros de tu atalaya... Todo lo he oído: sé que vive mi madre, sé que está pura como el día en que valiéndote de tan villanos medios la arrancaste de su mismo lecho, en donde soñaba con la vuelta de su hijo...»

Una carcajada satánica, estridente, nerviosa, interrumpió la palabra reposada y enérgica del señor de Nava-Fuerte.

«Tu risa es inútil, prosiguió Mendo; tu infamia se burla de ti mismo, y Dios ha permitido que llegara á tiempo para escuchar detras de esa celosía tu horrible historia.

«Te engañas, articuló roncamente Alahor entre un sacudimiento nervioso que ejecutó para desprenderse de la mano de su adversario; tu madre ha muerto, y... tú eres un cobarde que, no pudiéndote medir faz á faz conmigo, me sorprendes para matarme.

«Espera, perro, yo no sé asesinar; voy á dejarte libre para que te defiendas; esa honra te la dispenso en gracia á que vive mi madre... ¡Oh! á no ser así, te hubiera arrojado á mi verdugo para que te fuera acabando lentamente. Tulga, añadió volviéndose al escudero que permanecía impasible empuñando una pesada hacha: dame tu espada.

El bravo godó sacó el arma y la entregó á su señor.

Mendo arrancó de la mano del árabe la almarada, se colocó entre Elldah que permanecía inmóvil, y su antagonista, y arrojándole la espada de Tulga mientras lo soltaba, hizo brillar la suya que lanzó algunos tibios reflejos herida por la moribunda luz de la lámpara.

Reinó un momento de silencio.

Alahor, despues de recoger el arma, pareció vacilar; al fin, por medio de un movimiento rápido, se arrojó sobre el señor de Nava-Fuerte:

(Se continuará.)

José MENENDEZ ESCOLAR.

Per lo no firmado, FAUSTO L. VILLABRILLE.

Director y editor responsable.

D. FAUSTO LOPEZ VILLABRILLE.

MADRID: 1864.

IMPRESA Á CARGO DE D. A. PÉREZ DUBRULL,
calle del Pez, núm. 6, principal.

Pr. III